

Antonio Bonet Correa: Teórico y renovador de las Artes



Antonio Bonet se consideró siempre gallego de raíces y de formación. Había sido estudiante en la Universidad de Santiago, donde se doctoró con una tesis sobre la Arquitectura Gallega Barroca del siglo XVIII, que mereció el premio Menéndez y Pelayo. Así comenzó su interés por el estudio de la arquitectura que fue ampliando a lo largo de muchos años de viajes y de docencia universitaria. Él recordaba a menudo esos años compostelanos, que refleja magistralmente en sus reflexiones sobre el papel cultural de los cafés, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Santiago era una ciudad episcopal y universitaria, en la que confluían los intelectuales gallegos. El joven estudiante de los años cincuenta se sentía más atraído por las reuniones con Otero Pedrayo en El Español y en el Derby que en las propias aulas universitarias. Allí conoció a Piñeiro, al pintor Maside, a García Sabell y a otros personajes de las letras gallegas, en las que quería adentrarse. Años más tarde en Sevilla, su compañero de entonces Francisco Presedo, recordaba a aquel espigado, guapo y elegante Antonio Bonet, que entraba en el Derby con unos guantes amarillos y llevando en la mano una partitura musical. No pasaba desapercibido. Y fue precisamente en este momento en que estaba colaborando con revistas literarias cuando llegó a Santiago José María de Azcárate, a quién Bonet consideró siempre su primer maestro. Lo atrajo a los estudios de historia del arte y a la crítica literaria, que siempre fueron sus guías de pensamiento y de magisterio.

Fue decisiva para la trayectoria de su formación universitaria la oportunidad en 1951 de continuar sus estudios en París. Desde este momento Francia va a ser parte de su vida. Es una etapa en la que conocerá el magisterio de grandes personalidades con las que tramará una larga amistad. Siempre recordaba y transmitía a sus discípulos las enseñanzas de Elie Lambert, Pierre Laveda, y André Chastel. En Francia fueron sus referentes y sus amigos. Se incorpora al Institut d'Histoire de l'Art de la Universidad de París y se diploma en Museología por la Escuela del Louvre, lo que le acerca al mundo de la museología, que siempre le atrajo desde múltiples puntos de vista. Fue más tarde director del Museo de Bellas Artes de Sevilla, durante su etapa como catedrático en aquella ciudad, director del Museo de la Academia de Bellas Artes y miembro del Patronato del Museo del Prado. Su presencia y criterio fueron siempre decisivos para el enriquecimiento de las colecciones en todos ellos.

Le interesaban la teoría y las reglas de la arquitectura. Iba a las fuentes de Vitrubio, de Serlio, de Vignola y de Palladio, porque quería entender en los tratadistas el valor de la norma. Pero fue un impulsor sin límites de la creatividad. Estaba siempre al corriente de lo que hacían y pensaban los artistas contemporáneos, cultivando la amistad de muchos de ellos.

La llegada de Antonio Bonet a Sevilla tuvo lugar en un momento muy singular de la Universidad Hispalense. Los profesores locales habían mantenido una forma, tradicional y en cierto modo provinciana, de orientar los estudios de historia del arte. Casi todo entonces giraba en

torno al barroco sevillano y poco más. Precisamente en este momento de mediados de los años sesenta, se incorporan unos jóvenes catedráticos, que traían aire nuevo al estudio de las humanidades y, sobre todo, la conexión con algunas de las mejores universidades de Europa, en las que se habían formado. Coinciden en estos años tres brillantes profesores que habían iniciado sus estudios en la Universidad de Santiago de Compostela. Uno de ellos era Bonet, pero también hay que mencionar a Francisco Presedo y Antonio Blanco. Este último se había formado también en Heidelberg y en Oxford, donde fue discípulo de maestros como Herbig, Jacobsthal y Beazley. Nada que ver con quienes vivieron y se formaron en el aislamiento de la postguerra durante los años cuarenta y cincuenta. La Universidad española, por lo general, había vivido hasta entonces aislada, carente de libros actuales en sus bibliotecas y con una gran escasez de medios. Hubo además algunos otros profesores, como los tres mencionados, que brillaron en una Facultad de Filosofía y Letras en la que todos se conocían. Unos y otros se convertían en referentes y maestros para alumnos, que estaban ansiosamente buscando algo distinto. En este panorama destacaba otra figura que no pasaba desapercibida. Se trataba de Agustín García Calvo, filólogo clásico, amante del lenguaje y sus juegos, pensador y, sobre todo, cautivador con sus originales lecturas y comentarios de los textos clásicos.

La cátedra que había venido a ocupar Antonio Bonet era la de Historia del Arte Hispanoamericano. Sevilla era un centro ideal para estos estudios, porque contaba de un lado con ese epicentro universal que es el Archivo de Indias. Por otro lado, en esos años de pocos recursos se habían privilegiado los estudios americanistas con una escuela dependiente del CSIC, una especialidad en la Universidad, unos cursos de verano en la Rábida y hasta la promoción de un colegio mayor especialmente concebido para los becarios de países iberoamericanos. Pero Bonet no se integró en esa estructura creada por el régimen, cuya finalidad sobrepasaba lo meramente científico.

En Sevilla Bonet hizo escuela y tuvo algunos de sus más brillantes discípulos. Trajo modernidad, sentido crítico y una inmensa apertura al arte en todas sus manifestaciones. Tenía estrecha relación con los artistas y con ellos desarrolló su pasión por la crítica artística. Arte e ideología de la mano. Muchas veces le oímos lamentar la pérdida de una excelente colección de dibujo contemporáneo que iba a donar Fernando Zobel. Pero su idea de dar al museo un giro en la nueva dirección hacia un arte contemporáneo en el que se movía con soltura fue uno de los motivos para un desencuentro, que supo asumir dejando la dirección de la pinacoteca.

En la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla coincidí con él cuando yo era aún un colaborador principiante en la cátedra de Arqueología. A veces nos movíamos por las provincias próximas visitando iglesias y colecciones privadas, en las que a menudo saltaba la sorpresa. En una ocasión fuimos juntos a ver unas tablas del siglo XV/XVI que se decía que iba a vender el cura párroco de Aroche (Huelva). Me pidió que le acompañase y, sin pensarlo dos veces, fuimos juntos para ver si había

algún modo de traerlas a la Universidad. Lamentablemente llegamos tarde y aquellas tablas pasaron a manos de un ministro de la época. Pero aquél viaje nos sirvió para visitar la ermita de San Mamed, las ruinas romanas que emergían a su alrededor y ver las pinturas murales semienterradas, antes de su posterior recuperación. Fueron unos años en que viajó a países americanos interesándose por los proyectos urbanísticos y la arquitectura colonial. Aún recuerdo su insistencia tratando de convencerme para hacer unas excavaciones en la ciudad León Viejo en Nicaragua. No era ese mi camino, pero lo recordamos juntos muchos años después.

Era un tiempo en los que la movilidad de los profesores en las universidades era mucho más frecuente de lo que ha sido después. Los concursos estaban abiertos y la meta de muchos docentes solía ser la de llegar a la Universidad Complutense (Universidad Central). Estar en Madrid era y fue para Bonet tener la oportunidad de participar activamente en los movimientos artísticos, ser uno de los impulsores de ARCO, presidir la Junta de Valoración y Exportación de Obras de Arte, ingresar como académico de número en la Academia de San Fernando y tener nuevamente la ocasión de ampliar el número de sus discípulos. Estuvo más de veinte años en la Universidad Complutense, donde volvimos a coincidir y donde se jubiló. Aún recuerdo el último día en que nos cruzamos en la puerta de la Facultad de Geografía e Historia. Era algo así como su salida de la Facultad después de tantos años, y llevaba una pesada bolsa cargada de libros. Siempre vivió rodeado de libros, tuvo pasión por ellos y archivaba sus lecturas con una memoria prodigiosa hasta el final. En esa ocasión le ayudé a llevar la bolsa a un taxi que le esperaba, y así fui testigo de cómo nos vamos de la Universidad después de haber vivido en ella y para ella gran parte de nuestras vidas. Los reconocimientos vendrían abundantemente después, pero aquél momento se me quedó profundamente grabado.

La continuidad investigadora, docente y de gestión del patrimonio la continuó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Siempre con las mismas inquietudes. Trajo a la Academia el *Frutero y periódico* de Juan Gris, el retrato de la duquesa de Aveiro y consiguió la adquisición en Suiza de la colección de dibujos de Virgilio y Pietro Rabaglio. Siempre atento a incrementar las colecciones que gestionaba.

Dirigiendo el museo y luego la Academia, Bonet mantuvo estrechas relaciones con ese mundo artístico y social en el que se había movido con soltura. Uno de los hitos en ese reconocimiento que siempre le tuvieron los intelectuales franceses fue en 2014, cuando el embajador Jérôme Bonnafont le impuso, en nombre del gobierno francés, las insignias de Comendador de la Legión de Honor. Fue un acto solemne en el que estaban su esposa Monique, sus hijos, sus nietos y numerosos amigos, conscientes de que era para él un gran día. Como subrayó el embajador en aquel acto, era la única personalidad española que había recibido cuatro condecoraciones francesas: “la República francesa ya le distinguió con tres Órdenes importantes, las Palmas Académicas, en el rango de Comendador, las Artes y las Letras, y el Mérito”. Todo ello nacido de aquél deseo de los estudiantes

universitarios españoles de los años cincuenta por salir a formarse en otros países.

Con un pie en la Universidad, en estrecho contacto con sus discípulos y otro en la Academia impulsando el museo y sus colecciones, Bonet fue siempre el mismo maestro que había sido en las aulas universitarias. Impartió cursos de doctorado, dirigió tesis doctorales y promovió investigaciones en las que era incansable. Uno de sus últimos proyectos fue la puesta en marcha de un vocabulario de términos artísticos que ya había iniciado José María Azcárate, quien fuera su maestro en los años compostelanos de Bonet. Trajo a la Academia gran número de cajas con decenas de miles de fichas

escritas a mano, y comenzó un proyecto que ha visto casi ultimado, pero que en cualquier caso lleva la inconfundible huella de su iniciativa. De Bonet recibimos el legado de una estela de discípulos, una obra inmensa de estudios teóricos y muchos libros que ha repartido entre la Complutense, la Academia de Bellas Artes y la Casa de Velázquez. Los libros con los que se rodeó para estudiar y que recordaremos que estuvieron en sus manos.

José María Luzón Nogué
Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
museo.delegado@rabasf.org
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8204-4848>